

En defensa de Salinger

Grey Alejandra Molina Díez

“Me paso el día entero diciendo que estoy encantado de haberlas conocido a personas que me importan un comino. Pero supongo que si uno quiere seguir viviendo tiene que decir tonterías de esas”.

Salinger (1994: 97).

8

La adultez nos enseña cuán acertada es la confesión de Holden Caulfield después de despedirse de Lillian Simmons (antigua pareja de su hermano mayor D.B.) y de su acompañante, el oficial de marina Blop; sin embargo, jamás nos atreveríamos a repetirla, a menos que estuviéramos bajo el efecto del alcohol, fuéramos diagnosticados con algún tipo de demencia —únicos estados exentos de una reprobación a la sinceridad— o, como en este caso, aclaráramos que se trata de un fragmento de la novela *El guardián entre el centeno*, que hemos seleccionado para entender por qué, a veces, se juzga de manera desfavorable a su autor Jerome David Salinger.

Holden es un adolescente de dieciséis años que ha sido expulsado de Pencey y decide pasar unos días en un hotel en Nueva York, antes de regresar a casa con sus padres. Durante tres días vive una serie de experiencias de las que solo los niños salen bien librados —entre ellos su hermana Phoebe, quien logra lo que ningún adulto con sus sermones—, Jane Gallaher —la chica de quien Holden está enamorado—, James Castle —un excompañero que le cantó las verdades a otro y prefirió el suicidio a retractarse—, una empleada del Wicker Bar que se niega a aceptar un dólar de propina y dos monjas recién llegadas de Chicago. Los demás son considerados hipócritas, vanidosos, utilitarios, agresivos y perversos.

Pero esta opinión no es exclusiva de Holden; otros personajes piensan lo mismo y esto le ha merecido al autor unas cuantas críticas negativas, por eso he decidido intentar una especie de defensa.

Empezaré con *Bartleby y compañía*, una novela sobre escritores que producen pocas obras y eligen una suerte de ostracismo (en el caso de Salinger es comprensible, si cuestiona a una sociedad viciada, lo razonable es mantenerse alejado de ella), en la cual, Enrique Vila-Matas, su autor, sostiene que el problema de Salinger es su tendencia a repetirse (2005: 89). Se trata de una consideración difícilmente refutable; siempre aparecen personajes cuya intuición (en el caso de Franny Glass, se trata de un libro) les revela las faltas de la sociedad a la cual pertenecen, entonces se sienten en la obligación de manifestarlo, bien sea a través de alusiones a la espiritualidad oriental, o, bien, a partir de su propia interpretación del cristianismo. En Salinger, casi todo está salpicado por una advertencia sobre una humanidad desorientada, pero, insisto, no es lo único. Es imposible pasar por alto la contundencia de los diálogos en la mayoría de relatos que conforman *Nueve cuentos*, especialmente en “Para Esmé, con amor y sordidez”, o seguir como si nada después del desconcertante final de “Teddy”. ¿Cómo olvidar los detalles en Salinger?: la uña del dedo meñique que repasa Muriel con el pincelito de esmalte antes de recibir la llamada de su madre en el hotel donde se hospeda con Seymour; los dedos de Lee “por entre las tibias superficies del pecho” de Joanie; los encantadores tobillos de Esmé y sus calcetines blancos, y, por supuesto, “los tobillos todavía esbeltos” de Bessie Glass. Sin



Mónica Naranjo Uribe, *Berlin half-stories* (serie de 65 dibujos y textos), dibujo a lápiz con coloreado e impresión digital, 20 x 20 cm, 2007-2008

duda, hay una larga lista de reproches en Salinger, pero como lo expresa George Steiner en “Humanidad y capacidad literaria”: “Lo que el hombre ha hecho al hombre, en una época muy reciente, ha afectado a la materia prima del escritor –la suma y potencialidad del comportamiento humano– y oprime su cerebro con unas tinieblas nuevas” (2003: 20). Insisto, es imposible escapar de los detalles; basta con mirar “los congestionados estantes” del botiquín de los Glass antes de que Bessie haga sitio a la pasta de dientes, para recordar la excesiva dotación de nuestro propio botiquín.

¿Un asalto más contra Salinger? Precisamente en el ensayo de Steiner al cual me referí y que, en cierto modo, justificaría el arranque de misantropía por parte de Salinger –en ese ensayo por el cual, debo confesarlo, siento una profunda admiración–, después de exponer dos de las funciones esenciales de la crítica, Steiner nos invita a preguntarnos si: “(...) Salinger sustenta una opinión absurdamente comedida y enervante sobre la condición humana” (2003: 26). Aclaremos: Steiner sugiere “preguntar, no zaherir o censurar”. Podríamos responder sí y no; si bien Holden y

los protagonistas de otros relatos son aleccionadores la mayoría de las veces o, al decir de Tzvetan Todorov sobre los moralistas, “juzgan al prójimo con demasiada severidad”, el lector, al tiempo que accede a una serie de comportamientos inconsecuentes, descubre una manera posible de corregirlos. Tomemos, por ejemplo, a Teddy, quien a la pregunta de Bob Nicholson por una forma de cambiar la educación, propone simplemente una manera distinta de calificar al mundo:

(...) Les haría olvidar todo lo que les han dicho sus padres y todos los demás. Quiero decir, aunque los padres les hubieran dicho que un elefante es grande yo les sacaría eso de la cabeza. Un elefante es grande cuando está al lado de otra cosa, un perro o una señora, por ejemplo.

El problema, según Teddy, radica en la mirada uniforme que inculcamos a los niños, pero si los preserváramos de prejuicios y escrúpulos, entonces anularíamos esas actitudes que cuestiona Holden mediante el insistente llamado al lector: “¿No te fastidia?”.

La idea sobre una humanidad insincera y envanecida aparece con frecuencia en los relatos de Salinger, pero esta no es, a mi juicio, la única característica que deberíamos considerar, pues más allá de ese inventario de defectos, algunos personajes ejecutan acciones preciosas que llaman a la piedad y a la consideración del otro: los pedazos del “Little Shirley Beans” (un disco que Holden deseaba regalarle pero se le rompió de camino a Central Park) que Phoebe guarda en la mesita de noche; el trozo de emparedado que Ginnie es incapaz de rechazar; la negativa de Ramona a dormir en el centro de la cama por temor a lastimar a su amigo imaginario Mickey Mickeranno, entre muchas otras situaciones que el lector interpretará como una exhortación a la benevolencia.

Parece, pues, conveniente terminar esta defensa con la pregunta fundamental que Steiner considera debe formular el crítico a la

literatura contemporánea: “¿Qué medida del hombre propone esta obra?” (2003: 25). Salinger ofrece un ser humano consciente de lo que, por momentos, puede ser la vida: “un infierno”, como reza la anotación en la primera página del libro de la funcionaria del partido nazi arrestada por el sargento X, pero al mismo tiempo, un ser humano reflexivo que puede encontrar formas menos insanas de vivirla. No creo que los personajes de Salinger hagan un llamado al exterminio, lo que pasa es que: “La irracionalidad lee de prisa” (2007: 60), como advierte Steiner en “Los que queman los libros”, y hay muchos locos asesinos de intérpretes de canciones hermosas.

Referencias

- Salinger, J. (1994). *El guardián entre el centeno*, trad. Carmen Criado, Madrid, Alianza Editorial.
- (1978). *Franny & Zooey*, trad. Pilar Giralt, Barcelona, Editorial Bruguera, recuperado de: <https://docplayer.es/24593912-J-d-salinger-franny-and-zooey.html>.
- (Sin fecha). *Nueve cuentos*, recuperado de: <https://docplayer.es/4201403-Nueve-cuentos-j-d-salinger.html>.
- Steiner, G. (2007). “Los que queman los libros”, en: *Los logócratas*, trad. María Condor, México, Fondo de Cultura Económica.
- (2003). “Humanidad y capacidad literaria”, en *Lenguaje y silencio. Ensayos sobre la literatura, el lenguaje y lo inhumano*, Barcelona, Gedisa, recuperado de: <http://www.felsemiotica.org/site/wp-content/uploads/2014/10/Steiner-George-Lenguaje-y-silencio.-Ensayos-sobre-la-literatura-el-lenguaje-y-lo-inhumano.pdf>.
- Todorov, T. (1999). “Un nuevo moralismo” en: *Letras Libres*, recuperado de: <https://www.letraslibres.com/mexico/un-nuevo-moralismo>.
- Vila-Matas, E. (2005). *Bartleby y compañía*, Barcelona, Anagrama.

Grey Alejandra Molina Díez es licenciada en Educación con énfasis en Humanidades y Lengua Castellana y magíster en Literatura Colombiana de la Universidad de Antioquia, donde se desempeña como docente.